



¿Cómo hacer una cartografía del tiempo y la memoria?

L. Nicolás Guigou

“El cronista que narra los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños, da cuenta de una verdad: que nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia. Por cierto, que sólo para la humanidad redimida se ha hecho su pasado citable en cada uno de sus momentos. Cada uno de los instantes vividos se convierte en una citación à l’ordre du jour; pero precisamente del día final”.

Walter Benjamin, Tesis de filosofía de la historia.

71

En este trabajo intento anudar diversas temáticas que se han ido elaborando a partir del trabajo de campo que vengo llevando a cabo en la Colonia San Javier (Dpto. de Río Negro, Uruguay).

Los núcleos temáticos tienen que ver con algunas preocupaciones en torno a la imposición de una suerte de identidad nacional totalizadora, y las labores performáticas de los sujetos que poseen tradiciones culturales singulares (y singularizadas)

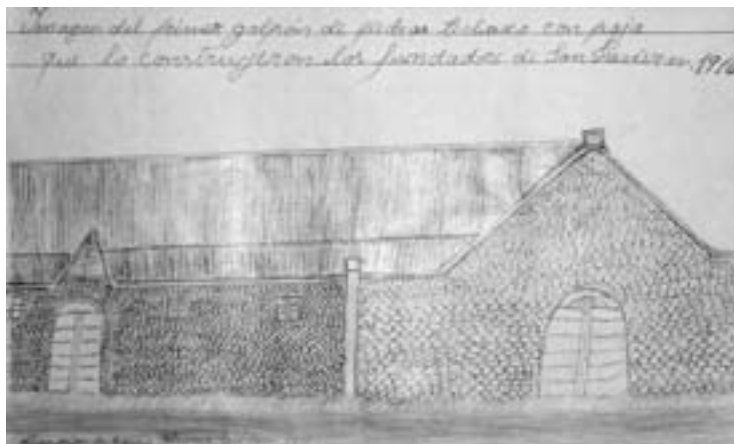
El dibujo reza arriba:

“Imagen del primer galpón de piedras techado con paja que lo construyeron los fundadores de San Javier, 1916”.

Abajo la firma indica:

“Memorias de Basilio Ostroujov Culñev-1993”.

(Ostroujov, 1993).



y que señalan otros tiempos y otros espacios, más allá (o más acá) de las narrativas homogéneas y sacralizadas del Estado-Nación.

Estamos pues, en la máquina del tiempo, la religión fundante (para el caso de San Javier), y la pluralidad de memorias, que se constituyen en múltiples trayectorias, conflictivas, azarosas, y profundamente signadas por cristalizaciones de sentido, que muestran –una y otra vez– a las memorias en diversos niveles de conflictividad.

Pero tal vez la temática del conflicto sea una de las modulaciones de la memoria: se trata pues de ir directamente a esa conflictividad.

Por eso hacemos referencia a un anudar que se ha ido elaborando.

No está pues en un locus de reflexividad autónoma del antropólogo, ni tampoco en la acción de dar la voz a aquellos que no tienen voz porque sí la tienen. Con todo, no hay pues que desconocer una cierta labor de restitución. ¿Pero restitución de qué?

Ha habido en las exposiciones de la antropología objetivista, el intento de transformar las diversas narrativas en cosas, en meros objetos a disposición del investigador.

De esta forma, el narrador viene a ejemplificar las afirmaciones del antropólogo: breves notas demostrativas que quedan subsumidas a un saber mayor y abarcativo.

Esta modalidad extractiva de algunas antropologías, podría considerarse tal vez, como una de las tantas formas de despojo a las que están sometidos los sujetos “antropologizados”, en particular cuando se trata de voces que a pocos les interesa escuchar. Ahora bien, contra ese desinterés, es que adviene la necesidad de restitución, en la medida que en esa discontinuidad, en esa pérdida del narrar, en esas destituciones de la memoria, en esa progresiva anulación de los sujetos que narran, toda una política está en juego.

72

Las memorias de los que viven y han vivido, atentan contra un “presente permanente” que lo que hace es fagocitar el pasado, interrumpir el arte de narrar –ese arte del tiempo fuera del tiempo– y particularmente, anular las transversalidades intergeneracionales. De este modo, la “cita secreta”, entre las generaciones anteriores y la nuestra, esa cita que tanto preocupaba a Benjamin, queda apenas como una amenazante –y por eso, siempre postergada– posibilidad.



Más memorias dibujadas con la firma “Memorias de Basilio Ostroujov Culñev”.

* * *

De Ana me siento muy cerca, casi conmovido.

Sus manos son enormes, huesudas. Hay muchas manos así, en San Javier. Sus ojos que no ven están llenos de vida. Con más de noventa años, porta su vejez de una manera extraña, tan alejada de la degradación de los viejos – curiosa destrucción de los viejos en un país de viejos– y es feliz contando.

Vive en una pequeña casa rusa de barro, que tiene tantos años como ella.

Alguien pues que ha llegado con sabiduría a su vejez.

El tiempo de Ana es otro tiempo. La espacialidad de su ceguera también.

Ana mira para adentro y canta una canción para niños en ruso:

“Se volaron, se volaron, en la cabeza se sentaron...”

Ella llegó muy chica al Uruguay, de su lejana Rostov, junto a una muchedumbre de seguidores de la corriente religiosa “Nueva Israel”, perseguida por el zarismo y la Iglesia Ortodoxa Rusa.

Hablamos mucho de Basilio Lubkov, el líder religioso de la comunidad, de la fundación de la Colonia en 1913 y de la posterior vuelta de Lubkov –seguido por un conjunto de acólitos– a la URSS.

El tema de la muerte de Roslik aparece de manera inevitable:

“Como mi marido trabaja en la policlínica. ...Él (Roslik) venía siempre a preguntar quién estaba enfermo, qué le hacían, dónde lo mandaban, qué enfermedad, que se yo... Sabía todo.

Venía de noche a veces hasta tarde estaba... Yo me acostaba y ellos estaban conversando siempre. Valodia... cómo no lo voy a conocer.

Era buenazo, un pedazo de pan (...) Lo envolvieron... Mintieron que él traía armamento de la Argentina y escondía ahí... En Barranca –le decían “Cueva del Indio”–, unas grutas, este, unos cerros de toscas, decían que las escondía allá. Y él nunca fue a la Argentina, nunca... Mintieron. Y bueno, lo llevaron preso. Y no quería hablar. ¡Qué va hablar! Dicen “lo mataron porque no hablaba”. Qué va hablar si no sabía nada. ¿Cómo va a mentir, no? Hablar sí. Hablaba lo que preguntaba la policía allá en Fray Bentos. Y lo que no sabía ¡qué iba a hablar! Dicen “lo mataron porque no habló”. Qué iba hablar. ¿La mentira esa que lo envolvieron? Mintieron a troche y moche. Mentira de la gente...de la gente de acá nomás...le tenían rabia, de locos que son.

Era buenazo, un pedazo de pan. Cuando iba al cementerio, iba siempre al Panteón de él. Iba al Panteón de la Scorina también.”

Es una larga historia, un hilo de memoria que Ana va tejiendo bajo diferentes ritmos. El nombre de Scorina abre otro espacio de la memoria. Hacia –en el tiempo cronológico– unas décadas atrás:

“Algunos se juntaban, tenían su Comité. Quedó la casa y mataron a una mujer los policías. Julia Scorina... Quedó el hijo... La mataron los policías. Hicieron una gran conferencia acá en San Javier. Estaba la Policía tiroteando por ahí. La mataron los policías (...) Cuando vino la policía yo no fui. Julia Scorina era una integrante del Partido Comunista...Había una conferencia muy grande. Acá cerca nomás, en San Javier. Mucha gente había... Y había unos policías que sabían hablar en ruso...

Entre los rusos aprendieron... de acá, nomás... ¿Cómo era que se llamaba? Juan Carlos Martínez. Juan Carlos Martínez. Hablaba, cantaba ruso, aprendió de los rusos. Cantaba. Ellos estaban ahí... como lo mandaban siempre, como no entienden los otros, idioma uruguayo nomás, no entienden ruso lo mandaban a todas partes lo mandaban a él. Dicen: “Va para enterarse de algo”. Hacía espionaje. Y el hermano de él era Comisario... Amado Martínez. Era una conferencia de los comunistas. Y ahí mataron a Julia Scorina.

Cuando ella empezó a hablar, ella subió al palco y ahí nomás la mataron...”

Los tiempos se yuxtaponen en la narrativa de Ana. Podríamos hablar del historiar: la muerte de Julia Scorina en la década de los '30, la muerte de Roslik en la década de los '80. Pero Ana no se confunde. El tiempo vacío y homogéneo que indica Benjamin como escritura enferma del historiador, no está presente en la trama de su memoria.

Cuando hablamos de los militares y de su accionar en San Javier, Ana me sorprende con la pregunta: “¿estos últimos?”.

Ana se acuerda de varias veces de policías y militares. Ahora me cuenta de “estos últimos militares”, del cotidiano en San Javier:

“... Estaba brava. Agarraban y metían a cualquiera y mentían y todo... El que no le servía (...) Porque nadie les hacía caso. Nadie. Todos callados... todos le tenían miedo, la población...”

A él (Roslik) lo llevaron. Lo molestaban. Nunca fue a la Argentina, nunca trajo armas, no precisaba. Lo mintieron nomás. Lo mandaron a la muerte.”

“Lo mandaron a la muerte”. Mandar a alguien a ese otro espacio, a la muerte. “Lo mandaron a la muerte”. Con esa poética minimalista de la muerte, con esa frase, nuestro diálogo hace una pausa profunda. Ana mira sin mirar con sus ojos ciegos hacia la ventana. O tal vez mira ese otro tiempo – el tiempo del terror– apenas narrable. Sigue un silencio poblado de gestos delicados, como protegiendo –tal vez exorcizando– el tiempo de la muerte, del terror.



Otra obra de Basilio Ostroujov Culñev, ahora en homenaje al fundador de la Colonia San Javier (Ostroujov, 1994).